

El capítulo séptimo está dedicado al estudio de la ética orteguiana a la que entiende como el proyecto de superar tanto el utilitarismo positivista como el rigorismo kantiano. La idea de vocación o destino se enmarca en las intenciones interpretativas de este capítulo al analizar los problemas que el imperativo vital orteguiano, el «tener-que-ser» de la vocación personal conlleva, pues «¿Cómo se puede decidir ser en libertad lo que ya se es por necesidad? (p. 356). En el análisis del ethos heroico de creación Cerezo encuentra la clave resolutoria de las aporías suscitadas por este imperativo de autenticidad.

El siguiente capítulo es una bella reflexión cuyo objeto es demostrar la vigencia del interés por el estudio actual del pensador madrileño desde una propuesta que, partiendo de la pragmática, acerque la fenomenología mundana de la razón vital y la filosofía analítica. Desde el análisis de la fenomenología orteguiana del decir Cerezo explora, en el último apartado de la obra, el papel que la poesía, la etimología y la metáfora desempeñaban en su intento por desvelar la verdad originaria.

En definitiva, y salvando las desvirtualizaciones propias de cualquier comentario sobre una obra que excede con mucho las posibilidades, en su riqueza y complejidad, de una breve nota sobre su contenido, es éste un libro fundamental, de lectura absolutamente necesaria, para todo aquel estudioso de Ortega que no se contenta con las lecturas al uso, las ya clásicas versiones que de él nos han ofrecido sus exégetas tradicionales. Es una obra profunda y honesta que, cuando se lee cuidadosamente proporciona la delicia, que sólo los buenos autores provocan, el placer intelectual.

Trinidad ALER

LOPEZ FRIAS, F., *Ética y Política*.

En torno al pensamiento de J. Ortega y Gasset,
Promociones y Publicaciones Universitarias,
Barcelona, 1985, 2ª ed. 375 pp.

He aquí un nuevo libro sobre Ortega, que pretende abordar la enormidad de su figura desde una perspectiva concreta, la de su pensamiento político, vinculado al sentido ético que, en el filósofo de Madrid, tiene ésa —y, en general, todo— dimensión del quehacer humano. Efectivamente, la tesis de este libro es que Ortega «entiende la política en su más última radicalidad, es decir, como una ética.» (pág. XIII). López Frías sitúa a Ortega en el seno de una corriente «regeneracionista», cuyos antecedentes rastrea en una línea de pensamiento que arranca en Quevedo y pasa por Cadalso, Jovellanos, Goya, Larra, los krausistas, la generación del «noventa y ocho», hasta Costa; en este sentido, el autor pretende ver en Or-

teg a la superación, previa asimilación, de dicha corriente, en la radical problematización de España, como hilo conductor del pensamiento orteguiano —lo que otros han llamado su «circunstancialidad española».

No hay espacio aquí para reflejar el amplio contenido de temas e intereses del autor en esta obra, que emprende una escalada por la mencionada circunstancialidad española desde los «orígenes» biográficos de Ortega hasta, prácticamente, la guerra civil, —esto es, el conjunto de escritos orteguianos en torno a la II República—, con especial detención en los acontecimientos de este siglo que, de manera tan trágica y espasmódica, han protagonizado el vivir de los españoles desde los últimos cincuenta años. Quizá el mayor empeño de López Frías sea defender a Ortega de acusaciones y malas interpretaciones en el campo de la valoración política, ante el ambiente de descrédito y polémica que, sobre su figura, se ha cernido desde su muerte y aun antes. Para ello, nada mejor que esbozar su pensamiento al hilo de los acontecimientos históricos política y socialmente relevantes de la España que vivió él, quizá, más intensamente que nadie en su momento. López Frías piensa que el mejor juicio sobre el pensamiento político de Ortega es el que se hace desde una perspectiva actual, al ritmo de la política que él propugnó, *leída* desde los años ochenta: de ahí la imagen que se nos da del filósofo como esencialmente preocupado por superar las rivalidades entre dos Españas irreconciliables, sensible a la necesidad de transformar la sociedad española desde una dimensión unitaria, conciliadora, integradora. De ahí, a veces, la «ambivalencia» o ambigüedad de Ortega en sus definiciones políticas: no encajaba en ningún esquema preconcebido, ni a consignas de partido o de grupo social identificable. Los que quisieron ganarle para la causa burguesa, nos viene a decir López Frías, quedaron tan defraudados como los que pretendieron galvanizar su carisma para el proletariado.

Instalado en este tono de interpretación, el autor continúa su libro, tejiendo capítulos verdaderamente interesantes. El libro refleja un serio y detenido estudio de algunas obras de Ortega, especialmente sus escritos políticos y sociológicos, aunque en este último apartado, el hecho de suspenderse el hilo «narrativo» a partir de los años del enfrentamiento bélico del 36, deje una laguna tan importante para entender la «sociología» de Ortega, como es el estudio de *El Hombre y la Gente*, publicada póstumamente—. Merecen ser especialmente destacados los capítulos IV y V, que rebasan en contenido significativo a los siguientes, aunque el capítulo que más espacio ocupa el trabajo de López Frías sea el dedicado a «La necesidad del cambio», en el que pretende justificar la tesis antes anunciada acerca del ideal transformador y de reconciliación de Ortega. Es este, pues, un libro filosófico, con resonancias y connotaciones muy actuales, como el mismo autor señala en su «Epílogo sin final». Para terminar, señalar que el libro ha sido prologado, en esta su se-

gunda edición, por Julián Marías, lo cual añade a la obra el marchamo de calidad de quien lo avala, desde su reconocida altura intelectual.

Ignacio PEDRERO SANCHO.

RIVADULLA RODRIGUEZ, A., *Filosofía actual de la ciencia*. Madrid, Editora Nacional, 1984.

I

El libro de Rivadulla viene a llenar un vacío en la bibliografía existente hasta hoy en nuestra lengua. A medio camino entre los manuales generales de filosofía de la ciencia, como el de M.W. Wartofsky, y las propuestas concretas, como las de K. Popper o C.U. Moulines. El libro entra más profundamente que los primeros en ese mundo especulativo, pero sin dar por buena o definitiva, como lo hacen los segundos, ninguna de las diferentes explicaciones propuestas. Con tal fin, el autor ha de presuponer en los lectores cierta práctica y agilidad en las argumentaciones formales y una mínima familiaridad con las ideas filosóficas más generales sobre la ciencia. Lo cual es además redondeado con una escueta y clara exposición de los antecedentes históricos de la investigación realizada. Al fin y al cabo, hay un orden cronológico en los problemas tratados. Desde el comentario de la crítica popperiana al verificacionismo del *Tractatus*, hasta la exposición del realismo de Tuomela, se van dando una serie de cortes profundos en algunas de las disputas filosóficas sobre la ciencia (física, normalmente). Tocando cuestiones ya conocidas (excepto quizá la polémica sobre las definiciones de verosimilitud), entra rápidamente en la cocina de los principales *gourmets* de la filosofía de la ciencia, y nos permite apreciar lo que allí se cuece, así como el modo en que se manipulan los alimentos, sin limitarse a servir o a adornar el plato ya preparado. Para no extenderse excesivamente, tal profundización se hace un poco a saltos, superponiendo y cruzando los problemas (por ejemplo, del apartado tercero de la introducción al capítulo quinto y de éste al séptimo, donde también se ve recogido algo del sexto). El resultado es una forma interesante de acercamiento a la filosofía de la ciencia: de golpe, a saltos, para, de vez en cuando, situar en lugar preciso visiones generales e ideas básicas.

El hablar de esos cortes profundos, como el decir que cada capítulo puede ser leído con independencia de los demás, no impide que se deba afirmar la existencia de una continuidad y complementariedad: hay esbozado, bajo los conceptos de verificación, confirmación y verosimilitud, un hilo conductor (quizá la clásica pregunta por el criterio de demarca-